

Notas

Sobre el diálogo y sus condiciones

DE cuando en cuando surge en nuestro tiempo, pienso que con buena voluntad, una desiderativa apelación al diálogo. Diríase que algunas almas van adquiriendo conciencia de haber vivido demasiados años en permanente monólogo —con los dos principales riesgos inherentes a la existencia monológica: el narcisismo y la esterilidad—, y anhelan un modo del vivir público en que la convivencia brote de la aceptación leal y no de la forzosa mudez del discrepante. Bien está. Mas para que la actividad dialógica constituya una meta real y no un *pium desiderium*, no será inoportuno estar de antemano en claro acerca de lo que el diálogo verdaderamente es. Tal es el sentido de esta breve meditación.

Conviene ante todo advertir que el diálogo, la alternada comunicación verbal del sentir y el pensar, puede ser cosas muy distintas entre sí. No menos de cinco veo yo en una primera inspección. Hay *el diálogo amoroso*, manifestación gozosa de una unidad espiritual real o virtualmente conseguida antes de emprenderlo: la única forma de la existencia dialógica que admite y aun pide a su término el silencio plenificante. Hay también *la tertulia*, en la cual el coloquio no pretende ser otra cosa que amable pasatiempo informativo y esclarecedor. Hay además *el diálogo socrático*, conversación entre varias personas, formalmente regida por una de ellas, para la conquista de una verdad o un bien posibles y susceptibles de formulación objetiva. Hay por añadidura *el diálogo en equipo*, socratismo sin Sócrates, pesquisa de la verdad y del bien *inter pares*: lo que debiera ser siem-

pre la actividad de las Academias. Hay, en fin, *el diálogo político*, intercambio de palabras cuyo objetivo propio, la consecución de ese «bien común» de que tan empachosa e inoperante retórica se viene haciendo, no excluye, antes exige la afirmación pública y bien aristada de la personalidad de cada uno de los participantes. Llamar diálogo a lo que suele entenderse por «crítica constructiva» —esto es, a la convencional expresión de la discrepancia a que puede llegar el previamente sumiso— es abusar con exceso de la etimología del vocablo; porque lo que con tal «crítica constructiva» realmente se quiere no es casi nunca un *dia-légein* verdadero, un hablar a través o entre, sino, como dirían los antiguos griegos, un mero *hypo-légein*, una habilidosa declaración verbal de la previa sumisión.

Cuando se nos propone el ejercicio del diálogo, ¿de cuál de ellos se habla? Sin duda, del político. Este no consiste sólo en conversar abiertamente o a puerta cerrada sobre los temas a que de ordinario se aplica la palabra «política», sino también, y a veces en primer término, en intercambiar públicamente, acerca de cualquier tema, opiniones procedentes de las distintas visiones del mundo que de hecho existan dentro de la comunidad en que el diálogo se produce. Por su materia, la discusión pública entre un biólogo evolucionista y otro fixista es, por supuesto, un diálogo científico; por su formalidad social —por el hecho de que abiertamente se enfrenten, para afirmarse ante el cuerpo de la *polis*, dos ideologías biológicas—, esa misma discusión es en el rigor de los términos un diálogo político. Es «político» en este amplio sentido lo que acontece en la vida pública, en el ágora de la *polis*. Y, puesto que los amantes, los amigos, los contertulios, los académicos y los socratizantes no han dejado de dialogar entre sí, al diálogo político, entendido como acabo de hacerlo, deben sin duda referirse las peticiones y los ofrecimientos de diálogo a secas que con frecuencia vienen oyéndose.

Pues bien: a riesgo de seguir con excesiva fidelidad el ejemplo de mi homónimo Pero Grullo —pienso que en toda ciudad bien ordenada son tan necesarios los Peros Grullos, los animosos declaradores de lo que por consabido se calla, como los Platones y los Descartes—, afirmaré que ese modo del diálogo no es posible sin la existencia real de varias condiciones previas.

Supuesta la sinceridad de los coloquiantes, la primera, nada más obvio, es la *libertad*, una libertad a la vez reglada y suficiente. Impídenla o la merman externamente trabas de muy di-

versa índole. Pero no menos la impiden y la merman, alma adentro, el temor —ese temor que la moral escolástica llama «servil»— y la cautelosa versión de la comodidad y del cálculo egoísta a que de ordinario damos el hermoso nombre de «prudencia». Sin la posibilidad externa de hablar y sin la mínima valentía que requiere la expresión idónea del propio sentir, no es posible el diálogo. El español tradicional, por lo general archivaliente en las situaciones-límite de la existencia, ¿pocese con la frecuencia deseable ese módico y cotidiano *courage civil* que sirve de presupuesto inexcusable a la decorosa manifestación pública de lo que uno siente y piensa? No creo que sea preciso recurrir a los tan sabidos versos de Quevedo sobre el decir y el sentir para dar la respuesta pertinente.

En segundo lugar, el *respeto* a la opinión y a la persona del otro. Insisto: a la opinión y a la persona. A la opinión se la respeta dejándola existir como ella es y, mejor aún, sabiéndola oír y tomándola luego en cuenta; a la persona, con garantías jurídicas efectivas y, allende todo orden jurídico, con el reconocimiento real de que en su conducta son posibles la buena voluntad y el acierto. Cualquiera de las formas, patentes o larvadas, del maniqueísmo político —conmigo, la luz y el bien; con el otro, el mal y la tiniebla— hace imposible *a radice* el diálogo. Lo cual exige ineludiblemente la existencia promulgada y vigente de un estatuto de convivencia en cuya letra se declare con precisión aquello que otorga fundamento real al respeto: la mínima comunidad de principios y reglas —a la postre, de convicciones— que da sentido a las discrepancias y hace posibles los acuerdos entre los dialogantes. Sin un estatuto de convivencia libre y honradamente aceptado por cuantos se disponen a dialogar, pronto el terreno del diálogo proyectado se convertirá en uno de los dos lugares tópicos de nuestra geografía del desconcierto: el cerro de Ubeda o el campo de Agramante.

No menos necesaria para el diálogo es, con necesidad de medio, una mínima *capacidad de expresión*. El uso de la libertad y la práctica del respeto al otro pertenecen al dominio de la educación ética; el logro de esa mínima capacidad de expresión corresponde, en cambio, al terreno de la educación noética, a la formación intelectual. Nuestros establecimientos de enseñanza, desde la escuela primaria a la Universidad, ¿atienden debidamente a la satisfacción de esta múltiple exigencia? No lo creo. En definitiva, son muy pocos entre nosotros los que de veras aciertan a dialogar: unos, porque no saben o no

quieren oír; otros, porque, pese a su buena voluntad, no saben decir. Mi experiencia profesoral de lector de exámenes escritos me entristece el alma cada junio y cada septiembre. Mientras los profesores españoles no enseñemos a nuestros discípulos a decir clara y ordenadamente lo que saben, sienten y piensan —poniendo unas cosas después de otras y no unas dentro de otras, según la regla inmarcesible de Eugenio d'Ors—, el diálogo será muy difícil en Celtiberia. Añádase a esto lo tocante a la educación de las condiciones éticas para un recto ejercicio de la vida coloquial.

Pero acaso el requisito más difícil de cumplir sea otro, relativo a las *perspectivas reales del diálogo político*. En la tertulia, por su intrínseca condición de pasatiempo, poco importa llegar o no llegar al acuerdo definitivo. En el diálogo socrático, la posibilidad de tal acuerdo estará siempre abierta a los dialogantes: hoy, mañana o cuando sea, Sócrates, Teeteto, Lisis y Fedro coincidirán entre sí para definir adecuadamente lo que son el bien, la virtud o la amistad, o tal vez para afirmar que esas nociones no pueden definirse de manera satisfactoria. ¿Deben esperar algo semejante los participantes en un diálogo político? Indudablemente no, porque la convivencia propia de la *polis* —desde Solón hasta Charles De Gaulle, así lo muestra la historia de Occidente— no puede ser sino precaria y transaccional. Sin la aceptación de una unidad mínima, la *polis* no subsistirá mucho tiempo, morirá por disolución; sometida a la pretensión de una unidad máxima —la utópica unidad de lo uniforme—, la *polis* dejará de existir en cuanto tal, sucumbirá por esclerosis. Una comunidad humana que no acepte como principio constitutivo la diversidad libremente expresada de quienes la componen, será desde el punto de vista político —quede aparte la consideración de otras posibles formas de vida— una comunidad enferma. En suma: quien inicia un diálogo político puede sin duda abrigar la esperanza de engrandecer y depurar su alma, pero no la de llegar a un pleno acuerdo con quienes en ese diálogo honradamente participen. La convivencia en la *polis* es por esencia —áspero unas veces, apacible otras— coloquio interminable entre visiones del mundo que, siendo distintas entre sí, más aún, no pudiendo dejar de serlo, pueden, sin embargo, subsistir una junto a otra y hasta perfeccionarse mutuamente. Conseguir esta perfección a través del diálogo es tal vez la máxima dificultad y la gloria máxima del gobernante, si éste no olvida su deber indeclinable de gobernar sobre personas.

Edificada sobre la libertad, el mutuo respeto, cierta suficiencia expresiva y una clara conciencia del límite irrebalsable, la pública comunicación verbal en torno a un tema cualquiera merecerá plenamente el nombre de diálogo. Privada de esos requisitos, será farsa convenida o juego de niños: nada, por tanto, en que la palabra civil del hombre adulto —testimonio, aventura y promesa— logre estar a la altura de su propia dignidad.—PEDRO LAIN ENTRALGO.

Los economistas no hacen milagros

«UNA característica para calibrar a la “sociedad opulenta” es el número de economistas que es capaz de soportar. Economistas enzarzados, generalmente, en discutir si existe insuficiente opulencia, o un exceso de opulencia, o ninguna opulencia en absoluto, o si la opulencia alcanzada es de un tipo insatisfactorio de opulencia.

»Según ese criterio, cabe afirmar que la mayoría de los países occidentales han alcanzado la madurez, e incluso una situación con cierto grado de supermadurez. Pues si bien puede hallarse en ellos alguna comarca sin agua corriente, difícilmente se encontrará un solo lugar sin un economista en activo. Prueba de esa abundancia es el hecho de que la más rápida ayuda que Occidente facilita a los países subdesarrollados, es el envío de un equipo de economistas.»

Con los anteriores párrafos comienza un artículo publicado no hace mucho en *The New York Times Magazine* y firmado por el colaborador financiero del londinense *The Sunday Times*, George Schwartz. Con eso y con el título —«La economía no es divertida, pero los economistas sí lo son»— puede adivinarse ya cual es la tesis del artículo y si bien no es fácil estar de acuerdo con todo su contenido, tampoco es difícil compartir los sentimientos del autor ante una situación en la que muchos expertos de la economía parecen haber decidido modificar ligeramente el padrenuestro para poder pedir cada mañana a su providencia «el plan nuestro de cada día».

No es fácil, desde luego, admitir la superficial evocación histórica del autor sobre el variable papel desempeñado por

los economistas durante los últimos decenios. Pero acaba acertando ingeniosamente, por lo que respecta a los hechos contemporáneos, cuando afirma luego que «el economista logró elevarse hasta su actual preeminencia gracias a la desilusión que siguió a la primera guerra mundial. Las catástrofes monetarias en Europa y las discrepancias sobre los pagos por reparaciones de guerra, contempladas y aceptadas al principio como la inevitable liquidación del torbellino de 1914-18, se revelaron luego dolorosamente como el preludio de la Gran Depresión. La economía real se había sublevado contra los libros de texto y andaba desatada. Entonces se requirió y movilizó a los economistas para que enjaulasen a la fiera puesto que, después de todo, era su criatura».

Pero los pobres economistas no tuvieron tiempo de cazar a la fiera, porque se les escapó hacia los erizados campos de la segunda guerra mundial, donde nuevos problemas desplazaron al de la crisis mundial. Después, los de la guerra misma fueron sustituidos por los de reconversión hacia la economía de paz, por la reconstrucción de postguerra o por el progreso ulterior. Este del progreso, viejísimo problema, ha venido a erigirse en cuestión clave desde hace tres o cuatro lustros (1948 fue el año del famoso *new bold program* o «Cuarto Punto», de Truman), con el nombre de «Desarrollo Económico» y con acuciante vigencia en la conciencia de los pueblos como tarea primordial para los economistas. Por eso, como escribe Schwartz en el párrafo transcrito al comenzar esta nota, cuando un país subdesarrollado pide auxilio, lo primero que se le envía con toda urgencia es un equipo de economistas. Pero es precisamente ante esa llegada cuando se plantea la pregunta central de todo el artículo aquí comentado, a saber: ¿Acaso no estarán empujando los economistas a proliferar en exceso?

El tema está, sin duda alguna, de actualidad entre nosotros. Hace unos dos años desembarcó también aquí un equipo de economistas enviado por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, para elaborar un informe sobre la realidad económica española. Además, desde octubre último conocemos ese valioso informe y, por añadidura, vivimos ahora mismo la etapa oficialmente proclamada como de preparación para un Plan de Desarrollo que empezará a regir, según se anuncia, desde 1964. En estos momentos, distribuidos entre veintiséis ponencias de la Comisaría del Desarrollo y por otras tareas y organismos, están trabajando seiscientos técnicos en la misión de preparar los detalles del Plan. Y aunque no todos esos técnicos

son economistas, su número es más que suficiente para que no parezca inoportuno plantearse el problema de su eficacia.

En su comentado artículo, Schwartz no llega a clara conclusión, aunque su actitud general y sus constantes bromas, delatan de sobra su escepticismo. Ahora bien, tal actitud parece exagerada y difícil de sostener en serio. Cierto que los economistas se equivocan en sus previsiones, y que las dificultades económicas, agudizadas o no según los momentos, abundan en todos los países. Pero no parece probado que cosas comparables no sucedan también en el campo cultivado por otros profesionales. En cambio, la historia reciente nos muestra que las economías de los diferentes países han sido dirigidas después de la última guerra con un conocimiento de los instrumentos político-económicos, y de sus respectivos efectos, infinitamente superior al poseído en 1918. Basta comparar la inflación alemana que siguió a la primera guerra mundial con la evolución reciente del mismo país que, si bien ha contado con otra actitud por parte de sus vencedores, salió del conflicto dividido y con destrucciones mucho más intensas. Y, en cuanto al desarrollo económico, algunos países lanzados a nuevas rutas claramente inspiradas en los progresos de la ciencia económica, han logrado acelerar su crecimiento a ritmo notable, sólo con haber introducido previamente —y la condición es esencial, según se verá— las necesarias reformas en el andamiaje de la vida nacional.

No es extraño, por tanto —y el hecho es un argumento más—, que la planificación se haya extendido en todas partes durante los últimos decenios. Sea o no grato, los escépticos parecen hoy dudar no tanto de los economistas, sino más bien de que sea posible organizar eficazmente toda la actividad de un país sin un mínimo de planeamiento en el sentido moderno, es decir, sin un mínimo de dirección económica. En todo caso, la creciente actividad del economista ha logrado que arraiguen en las mentes de todos —políticos y jefes de Estado incluidos, claro está— principios básicos tan fundamentales como el que recuerda que «no se pueden construir más viviendas sin dejar de construir otras cosas», para citar nuevamente el artículo de Schwartz. Y no se crea que esta perogrullada está todavía lo bastante clara para algunas gentes, al menos en sus más intrincadas e imperiosas implicaciones.

Pero es que, además, incluso algunos resonantes fracasos de los economistas han servido de positiva lección, al poner en evidencia que en problemas de conjunto hay otros responsables.

En 1947, por ejemplo, el gobierno británico emprendió en Tanganica el grandioso y hoy olvidado «plan del cacahuete», encaminado a cultivar con dicha planta más de treinta mil kilómetros cuadrados: tanto como toda Bélgica. Pues bien, la confianza casi lírica con que se inició el programa se desmoronó rápidamente cuando las previsiones se estrellaron ante las diferencias sociológicas y la diferente respuesta humana a los incentivos. No, no se puede trasplantar una receta británica a una sociedad africana: no existe isomorfismo en los campos básicos de aplicación.

Ahora bien, cuando ese isomorfismo no existe, podrá reprocharse al economista que no haya sabido adaptar la receta o crear la adecuada; pero también cabe que el marco de acción haya de ser imprescindiblemente corregido, y eso ya no es incumbencia ni responsabilidad del economista. Si, por ejemplo, se persigue —para citar otro país de actualidad— el desarrollo económico del Yemen, algo puede hacer el economista, como también el agrónomo o el médico. Pero si la receta económica ha de supeditarse a la condición de mantener intactos los privilegios del Imán, las autonomías tribales, las grandes posesiones feudales, las prohibiciones religiosas contra la penetración de más eficientes ideas modernas y otras facetas del marco político-social, entonces poco podrán hacer los economistas y fracasará el equipo enviado por Occidente, por excelente que sea la capacidad profesional de sus miembros.

Y es que en casos tales, hay que optar previamente por el progreso económico, o bien, por las venerandas tradiciones, el sistema de vida nacional o como quiera llamársele en la literatura oficial. Sólo después de preferir seriamente lo primero podrán servir para algo decisivo esos economistas a cuyo urgente lanzamiento de auxilio sobre los países subdesarrollados tan donosamente alude Schwartz al comenzar su artículo. Porque los economistas no hacen milagros. Y milagros serían, por ejemplo, la productividad moderna de sistemas agrarios anacrónicos, la competencia en clima de monopolio, el estímulo laboral sin contrapartida satisfactoria o, en fin, el dinamismo social con administración petrificada.—*JOSE LUIS SAMPEDRO.*

